primera vez afrancesa su apellido y firma Bonaparte, logra rehacer la disciplina y la esperanza. Con aquellos soldados andrajosos, **descalzo** se pone en campaña, rodea los Alpes, se filtra entre sardos y austríacos, sus adversarios, y los vence separadamente: a los sardos en Mondoví (21 de abril de 1796), después de lo cual el rey Víctor Amadeo solicita el armisticio, que Napoleón firma en Cherasco sin tener atribuciones de su Gobierno, en el que se despierta la alarma por los actos de este general victorioso e insumiso, al cual, sin embargo, es imposible desautorizar, porque desde Italia envía las dos cosas que más falta hacían en París: la victoria y el dinero.

Luego, en Lodi, el 10 de mayo, aplasta a los austríacos. Es ya el ídolo del Ejército, el petit caporal. Dueño de Milán, de toda Lombardía, administra, gobierna, negocia con las otras potencias italianas: gran escuela para el político. Cuando Austria lanza otros dos ejércitos sobre Italia, Napoleón concentra sucesivamente sus fuerzas sobre cada uno de ellos y los vence. Es una nueva táctica la que triunfa, basada en la rapidez de los movimientos, en la concentración del esfuerzo. Aquella campaña se remata en Arcola. En pleno invierno desencadena inmediatamente una nueva ofensiva triunfal (batalla de Rívoli y conquista de la plaza fortificada de Mantua) que le sitúa en el paso de los Alpes austríacos, en el Brenero. La Corte de Viena, atemorizada, firma el armisticio de Leoben (18 de abril de 1797). Otra vez Bonaparte pone fin a la guerra por su cuenta, sin poderes del Gobierno. Pero ¿quién se atreverá a discutirle una paz rotundamente victoriosa? Porque la Austria vencida por Napoleón ha reconocido todas las conquistas francesas y se contenta con resarcirse a costa de Venecia.

Bonaparte instala cerca de Milán, en Mombello, más que un Cuartel General, una especie de Corte: allí Josefina brilla como reina y Napoleón gobierna como señor soberano por unos meses. El tratado de Campo Formio (17 de octubre de 1797) consolida la paz. Entonces Napoleón regresa a París.

En la capital francesa se sucedían los acontecimientos políticos. Las derechas, victoriosas en las elecciones de abril de 1797, habían sido desbancadas por el golpe de Estado de 18 Fructidor. El Directorio continuaba su vida tambaleante, a fuerza de golpes de espada afortunados. Este continuo recurrir al ejército, ¿no se volvería alguna vez contra el propio Gobierno? Aquel joven general victorioso, popular, lleno de ambición, ¿no sería un peligro en potencia que convendría disipar con alguna misión lejana?

De este modo surge la idea de encomendarle otra empresa arriesgada: la expedición a Egipto. Se trataba de hacer la guerra a la Gran Bretaña, y ya que el desembarco en Inglaterra no era factible sin una escuadra proporcionada, se creía practicable el ataque indirecto, haciendo de Egipto una base de operaciones desde la que hostilizar puntos vitales del Imperio Británico.

Napoleón, que no ignoraba las dificultades del empeño, pero a quien bullían en la cabeza muchos "planes orientales", aceptó el encargo; necesitaba, sobre todo, hacer de nuevo algo grande. Cualquier cosa era preferible a estarse mano sobre mano; conocía muy bien que la popularidad es huidiza y voluble: "Si sigo mucho tiempo sin hacer nada, estoy perdido", había dicho.

La travesía del Mediterráneo, hasta Egipto, se realizó de modo prodigiosamente afortunado. Nelson, que vigilaba el mar con una flota muy superior a la francesa, se desorientó varias veces y veces y no supo darle alcance. El desembarco francés en Alejandría se efectuó sin ningún contratiempo; en pocas semanas venció Bonaparte ante las pirámides a los mamelucos y deshizo el poder de aquella casta militar que se había impuesto en Egipto. Todo fue bien hasta el 1 de agosto de 1798, en cuya fecha ocurre una gran contrariedad para el ejército expedicionario: Nelson destruye la flota francesa anclada en la bahía de Abukir. Esto significa para Napoleón y sus huestes el aislamiento completo en aquel extraño territorio.

Napoleón no se arredra, se dispone a asumir su papel de gobernador soberano de Egipto. Allí está rodeado de soldados y de sabios. Se ha hecho acompañar desde Francia por ciento sesenta y cinco hombres de ciencia; él mismo es un hombre de letras ilustrado, que gusta discutir con los sabios. Es ésta una faceta de la biografía de Napoleón que entonces se pone de relieve y que más tarde se manifestará siempre en las atenciones que tuvo con los hombres del Instituto de Francia, a quienes considera sus colegas.

Por lo demás, imagina planes de guerra que hoy se nos antojan inverosímiles. Las cosas se ponen cada vez peor. El Sultán turco, de acuerdo con Inglaterra y con Rusia, envía un ejército contra los franceses de Egipto. Bonaparte le sale al encuentro en Siria. ¿No podrá "tomar de revés" a Europa? Dueño de Siria, conquistaría Constantinopla, desde donde, por los Balcanes y el Danubio, se plantaría en Viena. O bien se puede fraguar otro proyecto, propio de un héroe al modo clásico, como

Alejandro-Magno: desde Constantinopla, a través de Persia, al canzar las India Británica.

Pero todo se frustró ante San Juan de Acre. La resistencia de esta plaza fuerte, la peste que diezma las filas francesas, obligan a replegarse sobre Egipto. Permanecer en el país de los Faraones, es sin embargo, quedarse en una ratonera sin salida. En medio de aquella incertidumbre se entera de las noticias de Europa, de Francia, por cortesía del jefe inglés Sidney Smith, que le hace llegar un fajo de periódicos: así sabe la comprometida situación militar de Francia en el verano de 1799, amenazada de invasión por el ejército ruso vencedor en Italia y por el desembarco anglo-ruso en Holanda. Bonaparte toma en seguida una decisión: volverá a Francia. Medio clandestinamente se embarca en la fragata La Muiron, sin saber que también el Directorio le ha hecho llamar para que salve a Francia.

De esta manera, después de diecisiete meses de ausencia en Egipto, Napoleón pisa suelo francés en Fréjus, el 9 de octubre de 1799.

Solo que, cuando el General Bonaparte desembarcaba en las costas de Provenza, el peligro de invasión de Francia ya había pasado. Lo había disipado Masséna al aplastar a los rusos de Suvorov en Zürich, Bonaparte ya no era necesario para salvar a Francia, pero alguien pensaba que tal vez fuera necesario para salvar la Revolución.

Por aquellos días la restauración de los Borbones es algo que parece próximo e inevitable. Sólo una espada podrá impedirlo. Los generales Hoche y Joubert los grandes héroes de la República habían muerto, Sin embargo, había otro sable, el de Bonaparte, con tal que se supiera utilizarlo.

El Gobierno del Directorio, con su vida siempre en precario, debe dejar paso a un gobierno fuerte, que haga estable la Revolución. Un golpe de mano le derribará desde fuera, pero la trama del golpe se ha preparado desde dentro por un grupo de hombres del Gobierno. El papel más importante lo representa en este juego Sieyés, uno de los directores; pero también tienen su parte Talley-rand y Fouché. Así es como estos tres sacerdotes apóstatas y regicidas tratan de impedir la restauración de la Monarquía, sin caer en la cuenta de que entregan el futuro a un poder personal.

El golpe de Estado de Brumario se verificó en dos tiempos:

el día 18, ante el anuncio de una supuesta conjuración contra la república, se nombra a Bonaparte Comandante militar de París y se decide el traslado de las dos Cámaras (los Ancianos y los Quinientos) a Saint-Cloud, donde se piensa coaccionar más libremente a los diputados, que son convocados para el día siguiente; al mismo tiempo, los directores Gohier, Barras y Moulin, que no estaban en el enredo, son secuestrados. El día 19, en Saint-Cloud, se presenta la dimisión del Directorio en pleno y se pide la formación de un gobierno más autoritario sobre la base de una nueva Constitución. Pero los diputados han reaccionado de la sorpresa inicial y a punto Estan de malbaratar el golpe de Sieyés y Bonaparte. El mismo Napoleón tuvo una intervención tan desafortunada, que por poco no lo hizo fracasar todo, pues ni supo impresionar a los diputados ni se hizo seguir por los soldados contra la Asamblea. Fue preciso que su hermano Luciano, en su calidad de Presidente de los Quinientos, arengara a las tropas y pidiera la intervención armada para disolver la Cámara. Así se remató por la fuerza el golpe de Estado parlamentario. Luego, los Ancianos, amedrentados, sancionaron los hechos.

El gobierno pasó a manos de tres cónsules: Bonaparte y los ex directores conjurados, Sieyés y Roger-Ducos. Pero esta armonía de los vencedores de Brumario duró poco. Sieyés y Luciano Bonaparte ayudaron a poner en marcha el nuevo régimen, y el primero fue arfífice principal de la nueva Constitución (Constitución del año VIII), pero discrepó de Napoleón en un punto fundamental: Sieyés quería un poder colegiado; Napoleón exigió atribuciones preponderantes para el Primer Cónsul. Este fue el criterio que se impuso: designado Bonaparte Primer Cónsul por diez años, empezaba la carrera de dictador. Sieyés, disgustado, se apartó de la escena, del mismo modo que más tarde su propio hermano Luciano, fiel a los principios republicanos que profesaba, se declararía incompatible con el Emperador. Los dos hombres que más contribuyeron a levantar a Napoleón desaparecieron, pues, víctimas de su obra.

Napoleón se instala con los nuevos cónsules, sus colegas, en las Tullerías, acto simbólico por el cual el gobierno salido de la Revolución tomaba contacto con el pasado monárquico. Aquel mismo día, Napoleón dijo a su secretario Burrienne: "Lo importante no consiste en entrar en las Tullerías, sino en permanecer en ellas".

El Consulado venía a cumplir un anhelo: una necesidad comúnmente sentida por aquellos días: poner término a la Revolu

ción. Se restableció el orden público, se saneó el caos financiero, se logró la pacificación religiosa -el más grave problema de orden interior- mediante el Concordato de 1801, que restablecía la religión católica y garantizaba a los poseedores de bienes nacionales procedentes del expolio de la Iglesia. No pudo someter completamente la Vendée, pero muchos chuanes depusieron las armas. Napoleón se presentaba así como el pacificador, el hombre de la concordia.

El Primer Cónsul pretendía también poner fin a la guerra exterior. La paz era necesaria a Francia, pero Napoleón sólo consentiría en una paz que garantizara las "fronteras naturales" las conquistas y anexiones de la Revolución. Por de pronto, en 1800, la guerra continuaba contra Inglaterra y Austria. Una nueva campaña en el norte de Italia, después de cruzar los Alpes por el paso de San Bernardo, le dió la victoria sobre los austríacos en Marengo (4 de junio). Vencidos éstos también en Hohenlinden, tienen que firmar la paz en Lunéville (19 de febrero de 1801), que reconocía las "fronteras naturales", o sea, la orilla izquierda del Rin.

Inglaterra quedaba ya sola en pie contra Francia, pero allí el belicista Pitt fue derribado por los partidarios de la paz, apetecida después de tantos trastornos padecidos por el comercio británico durante casi un decenio de guerra. Fue así como se firmó la paz de Ammiens (27 de marzo de 1802).

Bonaparte cumplió, pues, en aquella hora su doble programa de pacificación dentro de Francia y con los adversarios externos. Tales momentos de éxito los aprovecha para fortalecer su poder personal, y, por acuerdo del Senado, refrendado por un plebiscito, se hace proclamar el 2 de agosto de 1802 Cónsul Vitalicio. Era ya, en verdad, el amo de Francia. La Revolución, para salvarse, había engendrado una dictadura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Napoleón: Cartas y Proclamas*

AL EJERCITO

26 de abril de 1796.

Soldados: en quince días habéis alcanzado diez victorias, tomado veintiuna banderas, cincuenta y cinco cañones, muchas plazas fuertes; conquistado la parte más rica del Piamonte; habéis hecho 15.000 prisioneros, matado o herido a cerca de 10.000 hombres.

Hasta ahora os habéis batido por rocas estériles. Despro vistos de todo, lo habéis suplido todo. Habéis ganado batallas sin cañones, cruzado ríos sin puente, realizado marchas forzadas sin calzado, vivaqueado sin aguardiente y muchas veces sin pan. Las falanges republicanas, los soldados de la libertad eran los únicos capaces de sufrir lo que habéis sufrido.

Pero, soldados, no habéis hecho nada al lado de lo que os queda todavía por hacer. Ni Turín ni Milán son vuestros. La patria tiene derecho a esperar de vosotros grandes cosas: ¿justificaréis su esperanza? Todavía tenéis que librar combates, que tomar ciudades, que atravesar ríos. Todos arden en deseos de llevar lejos la gloria del pueblo francés, todos quieren dictar una paz gloriosa, todos quieren poder decir con orgullo al volver a sus aldeas: "¡Yo pertenecí al ejército conquistador de Italia!"

Amigos: yo os prometo esa conquista; pero tenéis que jurar que cumpliréis una condición: la de respetar a los pueblos que libertaréis, la de que reprimiréis los saqueos horribles. Los saqueadores serán fusilados implacablemente.

Pobladores de Italia: el ejército francés viene a romper vuestras cadenas; venid con confianza a su encuentro.

---

* Esta selección se ha tomado del libro de El Pensamiento Vivo de Napoleón, presentado por Octave Aubry, Buenos Aires: Editorial Losada, S. A. 1951. D.R. Copyright (c) 1951 by Editorial Losada S. A. Pp. 42-44, 51-52, 53-54, 55-56, reproducción hecha con permiso de los editores.